

## CELEBRACIÓN POR LA JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ

*Catedral de La Habana, 1 de enero de 1999*

La antigua bendición de Dios que el libro de los Números nos trajo en la primera lectura bíblica de este día es también para nosotros, queridos hermanos y hermanas, reunidos en esta Iglesia Catedral de La Habana el primer día del Año 1999, último de este siglo y de este milenio: «El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor; el Señor se fije en ti y te conceda la paz».

La bendición primitiva cobra matices insospechados al celebrar los cristianos la venida al mundo del Hijo de Dios, que es el hijo que la Virgen ha dado a luz, el que envolvió en pañales y recostó en un pesebre. A quien fueron a ver los pastores, que recibieron este anuncio por medio de ángeles: «en ese niño encontrarán una señal».

Confesamos hoy nuestra firme convicción de que el hijo de las entrañas purísimas de María es Hijo de Dios nacido en la carne. La Virgen es Madre de Dios y se convierte así en símbolo y Madre de la Iglesia, en cuyo seno encontramos a Cristo los creyentes. En la fe aceptamos la señal que Dios nos ha dado en Cristo Jesús y el primer día del año confiamos a Santa María nuestros proyectos y afanes para el tiempo que se abre ante nosotros.

Con el nacimiento de Jesús y nuestro encuentro con Él, la antigua bendición de Dios adquiere un carácter definitivo, Dios nos dice: «Yo los amo» y todos podemos acceder al amor del Padre contemplando el rostro amable de Jesús.

Como nos dice San Pablo en su carta a los Gálatas: «Ustedes son hijos, Dios envió a sus corazones el espíritu de su Hijo, que clama Abbá (Padre)». Había dicho Jesús antes de padecer: «Yo no los dejo huérfanos, yo les doy mi espíritu», y su promesa se cumple en cada uno de nosotros los bautizados, pero es también para todos los hombres: por Jesús y en Jesús, nosotros podemos ser, en verdad, hijos de Dios.

Lleguemos, pues, maravillados de todo cuanto se dice de Jesús, hasta el pesebre de Belén, como los pastores, y en María hallaremos a la primera creyente, que guardaba todas esas cosas, meditándolas en su corazón. En efecto, toda la vida de María fue un comparar, en lo hondo de su ser, las manifestaciones extraordinarias de su Hijo, con su vida cotidiana, que ella conocía como nadie y que lo hacía aparecer tan humano, tan como todos. Su fe es como la nuestra: se abre camino entre la revelación y lo demasiado humano, entre la certeza y la duda.

Así es nuestra peregrinación por la vida, camino a la casa del Padre. Empleo ahora el lenguaje que el Papa Juan Pablo II ha utilizado para presentarnos su reflexión sobre nuestra condición de hijos que nos acercamos a la casa paterna, mientras pasa cada instante de nuestra existencia. Este año 1999, el tercero del trienio que la Iglesia Universal ha propuesto como tiempo de preparación al Gran Jubileo del año 2000, el Papa ha querido que sea el año dedicado a Dios nuestro Padre. La venida de Jesucristo, el Hijo de Dios, a nuestra tierra, nos descubre cuál es nuestra condición verdadera: somos hijos amados del Padre; hagamos, pues, nuestro peregrinar por el tiempo con nuestras vacilaciones y miserias, confiando en el amor de Dios Padre que nos tiende su mano.

Quien cree en Dios Padre debe encaminarse continuamente hacia Él, superando sus miedos, sus angustias y las situaciones difíciles que encuentre a su paso.

En este andar el creyente debe hacer camino con el que no cree, con quienes tienen una fe mágica que pretende centrar en ritos primitivos la búsqueda de seguridad; marchamos también con quienes, acuciados por las miserias de la vida, por las carencias de lo necesario, tienen una religiosidad superficial, que los excusa de profundizar en los valores y compromisos de una fe verdadera y con otros creyentes.

En la nueva evangelización del pueblo cubano, estos son los retos que debe asumir la Iglesia, para los cuales debe presentarse ante nuestro pueblo como una comunidad de verdaderos creyentes en Dios Padre.

En este Año del Padre, que ahora comienza, nuestra Iglesia diocesana quiere ayudar al mayor número de hermanos nuestros, a través de una misión que se desenvolverá en diversos momentos, a tener un encuentro con Jesucristo, que les haga descubrir la bondad y el amor de Dios Padre. «Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre,» dice Jesús.

Deseamos que, conociendo al Padre, tal y como Jesús nos lo muestra, esos hermanos aprendan a rezar de verdad el Padrenuestro.

¿Cuál será la metodología nueva de esta misión? La de hacer camino con nuestros hermanos creyentes superficiales, sincréticos o no creyentes, con la actitud propia del verdadero creyente, que no es la de alguien colocado en un estrado alto, poseedor de grandes conocimientos y dispuesto a enseñar a los ignorantes todo lo que él sabe. Ya dije que quien cree va hacia Dios Padre venciendo temores, ansias y dudas. Para un creyente, ir al encuentro de un no creyente es enriquecerse, porque verá en él algo de sí mismo, esa ausencia de Dios, que, si no fuera por pura gracia, él experimentaría también en su corazón.

Me permito ahora citar al Cardenal Martini en su hermosa carta pastoral sobre el año del Padre. Dice así el Cardenal: «El creyente es, a fin de cuentas, en cierto modo, un no creyente que se esfuerza cada día por comenzar a creer, un hijo que debe continuamente conquistar y dejarse regalar una actitud de obediencia filial, de puesta incondicional de la propia vida en las manos de Dios». Hasta aquí la cita.

Esta es la única actitud para acercarnos a todos: también a los que tienen una religiosidad superficial, a los que practican ritos mágicos en busca de protección y seguridad, a los indiferentes, a todos. Cada uno está haciendo un camino y la comunidad cristiana tiene el deber de ayudarlos a descubrir hacia dónde van, cuál es la meta de sus búsquedas o despertarlos de su sopor, pero esto solo puede hacerse desde la humildad profunda del que es también un buscador, un caminante.

Situados en la cima espiritual de San Juan de la Cruz, en su primer Cántico, podemos todos comprender cómo el gran santo y doctor de la Iglesia se sentía un inquieto buscador de Dios con ardientes ansias de hallarlo:

¿Adónde te escondiste, Amado,  
y me dejaste con gemido?  
Como el ciervo huiste,  
Habiéndome herido;  
Salí tras de ti clamando. Y eras ido.

Buscando mis amores  
Iré por esos montes y riberas;  
No cogeré las flores,  
Ni temeré las fieras,  
Y pasaré los fuertes y fronteras.

Esos son los pasos ansiosos y llenos de riesgos que la fe impulsa a dar. Nuestra fe no es una ideología. Nosotros no tenemos la presunción de tenerlo todo resuelto. Las seguridades de las ideologías se derrumban fácilmente o intentan mantenerse por medio de un voluntarismo agotador.

Las propuestas de la fe se hacen en un peregrinar donde no hay caminos trillados, donde el único que permanece siempre el mismo, incommovible, eterno, pero amándonos como Padre, es Dios. Cada hombre o mujer, cada familia y cada pueblo debe peregrinar: solo el andar, con el corazón abierto a lo imprevisible, es el requisito indispensable, el resto pertenece a Dios nuestro Padre. La fe es don libérrimo de su misericordia. La gran iniciativa del Padre para que nos volviéramos a Él, fue enviarnos a su Hijo, Jesucristo, que se hizo peregrino por nosotros y con nosotros.

Peregrinar con nuestro mundo, en nuestro tiempo, es sentir también el llamado de acontecimientos diversos, atender a los reclamos y quejas de hombres y mujeres que parecen postrados en sus posibilidades de realización humana, limitados por esas razones o por concepciones ideológicas y políticas, sea de ocuparse de los bienes del espíritu, sea de abrirse a la trascendencia.

El año de Dios Padre nos recuerda que la dignidad del ser humano no es fruto del otorgamiento de ninguna conferencia internacional o de ningún código antiguo o moderno; sino que el hombre y la mujer salieron del querer eterno e irrevocable de su Creador como criaturas que llevan en sí la semejanza de Dios, es decir, que tienen un sitio privilegiado en la Creación por encima de todo otro ser animado, dotados de espíritu y capaces de alabar a su Creador y de transformar el mundo según el plan de Dios.

Esto hace al hombre y a la mujer sujetos de derechos y deberes que no pueden ser violados ni preteridos.

Este año, en su Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, el Papa Juan Pablo II expresa que «EL SECRETO DE LA PAZ VERDADERA RESIDE EN EL RESPETO DE LOS DERECHOS HUMANOS».

El Santo Padre reafirma el lugar preferencial de la libertad religiosa como «centro de los derechos humanos». Y explica el Papa las causas: «la religión expresa las aspiraciones más profundas de la persona humana, determina su visión del mundo y orienta su relación con los demás. En el fondo, ofrece la respuesta a la cuestión sobre el verdadero sentido de la existencia, tanto en el ámbito personal como social».

Se refiere también el Papa al Derecho a la vida, «el primero de todos los derechos». «El derecho a la vida es inviolable. Una auténtica cultura de la vida, al mismo tiempo que garantiza el derecho a venir al mundo a quien aún no ha nacido, protege también a los recién nacidos, particularmente a las niñas, del crimen del infanticidio. Asegura igualmente a los minusválidos el desarrollo de sus posibilidades y la debida atención a los enfermos y ancianos.»

«Optar por la vida comporta el rechazo de toda forma de violencia. La violencia de la pobreza y del hambre, que aflige a tantos seres humanos; la de conflictos armados; la de la difusión criminal de las drogas y el tráfico de armas; la de los daños insensatos al ambiente natural.»

Enumera también el Papa el Derecho a la propia realización, del cual se ven privados tantos seres humanos que no tienen acceso al estudio o al trabajo, o a un trabajo adecuadamente remunerado, o a las posibilidades de un ascenso social según las propias capacidades o habilidades. Cita el Santo Padre el derecho a la participación en la vida de la propia comunidad, que incluye, evidentemente, la participación política y se ocupa del cuidado al medio ambiente que debe promoverse o se arriesga la vida en el planeta. Se detiene el Sumo Pontífice en la modalidad que debe tomar el actual progreso global, que debe hacerse en solidaridad.

Dice al respecto el Papa: «La rápida carrera hacia la globalización de los sistemas económicos y financieros, a su vez, hace más clara la urgencia de establecer quién debe garantizar el bien común y global, y la realización de los derechos económicos y sociales. El libre mercado de por sí no puede hacerlo. Ya que, en realidad, existen muchas necesidades humanas que no tienen salida en el mercado.»

«Es urgente una nueva visión de progreso global en la solidaridad, que prevea un desarrollo integral y sostenible de la sociedad, permitiendo a cada uno de sus miembros llevar a cabo sus potencialidades.»

«En este contexto, dirijo una llamada apremiante a los que tienen la responsabilidad a escala mundial de las relaciones económicas, para que se interesen por la solución del problema acuciante de la deuda internacional de las naciones más pobres.»

Por último, el Papa Juan Pablo II clama por una cultura de los derechos humanos.

El Santo Padre repite lo dicho en su mensaje del pasado año acerca de la universalidad e indivisibilidad de los derechos humanos: no se pueden tomar unos y dejar otros. Los derechos humanos deben ser promovidos integralmente. Y añade el Papa: «Solo cuando una cultura de los derechos humanos, respetuosa con las diversas tradiciones, se convierte en parte integrante del patrimonio moral de la humanidad, se puede mirar con serena confianza al futuro».

Termina su reflexión el Santo Padre dirigiéndose a los cristianos, para que, ante las diversas violaciones a los derechos humanos que afectan al hombre en su dignidad, los seguidores de Cristo conserven viva su fe en Dios Padre y mantengan su visión del hombre dignificado por Dios que lo llama a ser su hijo.

«¿Cómo podríamos excluir a alguno de nuestra atención?, se pregunta el Papa: Al contrario, debemos reconocer a Cristo en los más pobres y marginados, a los que la Eucaristía, comunión con el cuerpo y la sangre de Cristo ofrecidos por nosotros, nos compromete a servir.»

Y concluye diciendo Juan Pablo II: «El tercero y último año de preparación al Jubileo está marcado por una peregrinación espiritual hacia el Padre: cada uno está invitado a un camino de auténtica conversión, que comporta el abandono del mal y la positiva elección del bien. Ya en el umbral del año 2000, es deber nuestro tutelar con renovado empeño la dignidad de los pobres y de los marginados y reconocer

concretamente los derechos de los que no tienen derechos. Elevemos juntos la voz por ellos, viviendo en plenitud la misión que Cristo ha confiado a sus discípulos. Es este el espíritu del Jubileo ya inminente.»

Queridos hermanos y hermanas: que nuestra Misión en este Año del Padre, el último de este siglo y de este milenio, se haga en forma de peregrinación hacia Dios Padre que nos muestra incesantemente su amor. Que no nos detengamos ante tantas barreras como encuentra el amor del Padre para abrirse paso en los corazones de nuestros hermanos: su falta de fe, su fe imperfecta, su indiferencia, pero también los límites que provienen de la pobreza, de las dificultades para la realización personal y la participación social y llevemos a todos, junto con la convicción de que Dios, en Cristo, nos ha hecho sus hijos, la serena y reconfortante certeza de que, también en Cristo, todos somos hermanos. Este será un modo más de la Comunidad cristiana, de la Iglesia en Cuba, de sembrar el amor y la Paz en nuestro pueblo. Que la Virgen Madre de Dios, Madre de la Iglesia, nos asista para que conservemos vivas todas estas cosas meditándolas en nuestro corazón.